

SOBRE LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

Si es de vivo interés y de reconocido provecho el saber la historia de los acontecimientos que afectan a la que pudiérase llamar vida externa de los hombres y los pueblos: industria, comercio, conquistas, navegación, ¿de cuánto mayor no habrá de serlo el penetrar en las intimidades del pensamiento humano delante de los eternos problemas que en todo tiempo y en todo lugar le han asediado: de causa y origen, de esencia y de relaciones, de finalidad y destino? El legado filosófico de la humanidad bien vale la pena de ser tomado en consideración. Tanto más que las ideas, aunque de primer intento no parezcan decir nada con la vida práctica, son en definitiva el motor invisible de la humana estirpe, desde luego que se precia de racional. Son ellas a modo de ese ingente fuego interior de que nos hablan los geólogos, que se oculta bajo la opaca costra terrestre, pero que de súbito culmina en la ardiente boca de los volcanes, estremece profundamente las entrañas de la tierra y ora levanta un Andes, un Himalaya, ora sumerge una isla o todo un continente.

Cierto, el pensamiento humano al correr de las edades ha dejado en pos de sí numerosos y variados vestigios: aquí un montecillo, allí una hondonada, ya un terreno cultivado, ya una devastada campiña, tan pronto un airoso edificio como ruinosos escombros. Su historia, como la de los hechos externos, tiene sus grandes guerras y sus grandes conquistas; tiene sus grandes hombres, sus héroes, sus legisladores; tiene sus imperios y sus repúblicas; tiene sus dinastías con sus destronamientos y sus restauraciones.

Mas antes de formar concepto de la historia de

una ciencia, conviene formarle de la ciencia misma sobre que versa la historia. ¿Qué cosa es filosofía?

Cualquiera que fuese su nombre, muy vasto fue desde sus comienzos el campo de lo que hoy se llama filosofía; en su dominio entraban todos los conocimientos humanos, según frase de Cicerón: *omnis rerum optimarum cognitio atque in his exercitatio philosophia nominata est*. Cuéntase que Pitágoras fue el primero que dio este nombre a la filosofía, cuando interrogado por Leonte, rey de Filiasia, acerca de su profesión, cambió el título de *sabio* (σάφους), que se daban los que antes de él se consagraban al estudio de la ciencia, por el de *filósofo* (φιλόσοφος), *amante del saber*. Al excogitar tan hermoso nombre, Pitágoras hizo de la filosofía una ciencia general que contempla y analiza a todas las demás.—De Pitágoras al Estagirita la noción de filosofía va ganando en claridad y determinación hasta adquirir bajo el último su carácter propio, científico y diferencial, que no es otro que el estudio de las causas o razones supremas (1).—Los estoicos y los epicúreos restringieron el territorio filosófico a sola la ética, al *studium virtutis*, como dijo Séneca.—Ni faltaron quienes amalgamasen la filosofía con la retórica y la poética y hasta con la evocación de espíritus y con la *magia*. (neoplatónicos).—En la edad moderna las escuelas influenciadas por el criterio de Descartes imprimieron a la filosofía una dirección demasiado subjetiva, tendiendo a convertirla en la ciencia del yo.

¿Cuál es, pues, su objeto propio y específico?—*Es el estudio del mundo, del hombre y de Dios y de sus relaciones, por sus causas o razones supremas.*

(1) Την ὀνμαζομένην σοφίαν περὶ τα πρώτα αἰτια καὶ τὰς ἀρχὰς ὑπολαμβάνουσι πάντες.

Todos la toman como la ciencia llamada de las primeras causas y principios, dice Aristóteles.

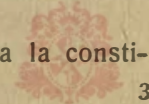
Se ve por aquí que la filosofía, sin ser el mero conjunto o simple enciclopedia de las disciplinas humanas, está necesariamente en contacto con todas; no pide plaza en medio de ellas para cultivar un limitado campo, sino que, cerniéndose sobre todas, domina los objetos propios de cada una, dictamina sobre sus conexiones, y acaba por unificar y perfeccionar todo el acervo científico al resplandor de altísimos principios de universal aplicación.

Los agnósticos y positivistas del pasado siglo pretendieron negar a la filosofía los honores de ciencia y relegarla al país de las quimeras, a no sé qué período legendario y mitológico, al mundo incognoscible; pero hé aquí que uno de sus más briosos capitanes, Augusto Comte, a pesar de su enemistad con la metafísica, se veía en la necesidad de admitir «el estudio de las *generalidades* científicas como sujetas a un *método único* y como formando parte de un *plan general* de investigación.»

Ese estudio así concebido ¿qué otra cosa es sino filosofía? Dondequiera que haya un hombre que se inquiete por las causas, la naturaleza y el fin de los seres, allí habrá un filósofo. «Mal comprende la filosofía, escribía Balme, quien la mira como un conjunto de vanas cavilaciones sobre objetos poco importantes: el hombre, el universo, Dios, son sin duda objetos de alta importancia; y tales son los objetos de la filosofía.»

La historia de la filosofía debe ser considerada a modo de un organismo en que, como el cuerpo y el alma en el hombre, se enlacen dos elementos distintos: uno material y otro formal. No es un mero conglomerado de doctrinas yuxtapuestas y desligadas entre sí; ni es tampoco un sistema dialéctico de conceptos puros y abstractos.

La materia de la historia de la filosofía la consti-



tuyen los diversos sistemas filosóficos. Mas como éstos a fuer de humanos, están expuestos a sufrir la influencia de tiempos y lugares, pertenecen a nuestro estudio, como materia indirecta y externa, las biografías de los filósofos y la apreciación del estado del mundo en el respectivo momento histórico.

Mas toda materia organizada debe ser vivificada por alguna forma. Esta forma vivificadora de la historia de la filosofía la hacen dos cosas: la fiel presentación del enlace lógico de los sistemas y la crítica justiciera de los mismos. Esto implica, sin duda, algún sistema propio, lo que, dicho sea de paso, no perjudica a la imparcialidad, la cual no es sinónimo de escepticismo, pues para juzgar rectamente de doctrinas ajenas no es necesario carecer de principios propios. Sin esto, la historia de la filosofía podría llegar a ser, para hablar con Hegel, «una serie de aventuras de caballeros andantes que se baten por una beldad que nunca vieron, y que sólo dejan en pos de sí la narración divertida de sus ridículas empresas.»

Podemos ya definir la historia de la filosofía diciendo con Mauricio de Wulf que es *la exposición de la filiación de los sistemas filosóficos*.

Auxiliares de la historia de la filosofía son: la historia universal, que describe el estado general del mundo y el particular de la nación respectiva al aparecer cada pensador o cada escuela; la crítica histórica, que pronuncia fallo acerca de la autenticidad e integridad de los escritos que nos quedan de los filósofos pasados; la filología, que permite descifrar y penetrar el sentido de esas obras.

Las fuentes de nuestra historia, numerosísimas cuando se trata de los tiempos modernos, son cada vez más escasas a medida que nos remontamos en la antigüedad. Hé aquí alguna noticia respecto de estas últimas. Para

el conocimiento de la filosofía del Oriente y del Egipto, las mejores fuentes son los monumentos literarios de esos países, monumentos descubiertos e interpretados por orientalistas y egiptólogos, tales como William Jones, Eugenio Burnouf, Brian Hodgson, Abel Remusat, Anquetil Duporron, Rawlinson, los hermanos Champollion, Max Muller, Maspero, etc. En esas investigaciones buena parte se debe a los misioneros católicos en esos países, como a los dominicos y a los jesuitas en China. Para la filosofía griega anterior a Sócrates las fuentes más autorizadas son Platón, en algunos de sus *Diálogos* y, sobre todo, Aristóteles, quien particularmente en su libro 1.º de *metafísica* hace el recuento de las doctrinas de los pensadores que le precedieron.—Para el período que siguió, está Cicerón, perito en la lengua y en la filosofía helénicas, principalmente en sus *Cuestiones tusculanas* y *académicas*. También puede mencionarse a Plutarco y a Diógenes Laercio con sus *Vidas de filósofos*. Para los primeros siglos de la era cristiana son dignos de mención Clemente de Alejandría y Eusebio de Cesarea, creador este último de un nuevo género de historia, la historia religiosa. Para tiempos posteriores, las fuentes se multiplican cada vez más, y sería prolijo enumerarlas.

En cuanto a la importancia y utilidad de la historia de la filosofía no han estado acordes los filósofos. Descartes y Malebranche ninguna importancia le dieron, en términos de que al primero, empeñado en dotar por sí solo de un cuerpo íntegro de filosofía al género humano, se atribuye la frase de que *él no quería saber si había habido hombres antes que él*. Otros por el contrario, como Víctor Cousin y Renan, se la han dado tal que han tratado de confundirla con la filosofía misma. Renan dice que «la filosofía no es otra cosa que el cua-

dro de las soluciones propuestas para resolver el problema filosófico.»

A los primeros los había refutado con siglos de anticipación el príncipe de los oradores romanos por estas palabras: «ignorar lo acontecido antes de nuestro nacimiento equivale a permanecer en perpetua infancia.» Respecto de los segundos nos limitaremos a observar que confundir la filosofía con su historia es desconocer el carácter científico de la primera, lo cual no es dar muestra de verdadero espíritu filosófico: desconocería el valor de los principios orgánicos de la medicina o del derecho quien identificara la una o el otro con la historia de la medicina o del derecho, y el que lo hiciera no podría ser calificado de médico o de jurista.

Con mejor acuerdo sentaba la utilidad e importancia de nuestro estudio quien dijo: «Es necesario tomar en cuenta las opiniones de los antiguos, quienesquiera que sean, pues esto nos será doblemente útil: en primer lugar, para aprovecharnos de aquello en que acertaron, y, en segundo, para precavernos de aquello en que erraron» (1). (Santo Tomás de Aquino, lib. I. *de anima*, lect. 2). Sin lo primero, la ciencia, privada del esfuerzo común y circunscrita al estrecho círculo de cada uno de sus cultivadores, acabaría por extinguirse. Por lo que hace a lo segundo, puede asegurarse que la historia de los errores del espíritu humano es a la sana filosofía lo que la patología es a la higiene.

No es indiferente a una ciencia el conocer sus orígenes, sus vicisitudes, las vías que han facilitado su

(1) Traducción literal del siguiente pasaje:

«Necesse est accipere opiniones antiquorum, quicumque sint. Et hoc quidem ad duo erit utile. Primo, quia illud quod ab his bone dictum est, accipiemus in adjutorium nostrum. Secundo, quia illud quod male enunciatum est, cavebimus.» (Sto. Tom. in lib. I. *De anima*, lect. 2.).

progreso, las falsas rutas por donde se han extraviado, los hombres, en fin, que han concurrido a su formación e incremento. Así la historia de la filosofía corona y perfecciona los estudios filosóficos: al estudiar la filosofía se columbra a los autores al trasluz de sus doctrinas, al estudiar la historia de la filosofía se revisan las doctrinas al través de sus autores; allá se investigan las razones de las cosas, acá; las de las opiniones y sistemas.

Pudiera pensarse, y aun se ha dicho, que el estudio de la filosofía y el de su historia dan pábulo a la vanidad y presunción del espíritu. Todo lo contrario: la historia de la filosofía tiende a formar un criterio sereno y generoso, apartado de toda extrema exageración; comunica al entendimiento perspicacia y mesura a la vez y le libra, en fin, de preocupaciones y de toda terquedad y soberbia, que es una de las mayores causas de nuestros errores. En efecto, este estudio lleva a la mente la convicción de su limitación y pequeñez, de suerte que uno de sus efectos en el orden especulativo es el conocimiento reflexivo y científico de nuestra ignorancia acerca de un sin número de cuestiones. Prescribe, pues, humildad a nuestro entendimiento. Mas, por otro lado, si la contemplación de los errores en que han incidido los hombres, y aun hombres de genio, nos inspira natural desconfianza en nuestras fuerzas, el hecho mismo de haber advertido esos errores y descubierto sus causas nos capacita para evitarlos y debe alentarnos en el áspero trabajo para el porvenir.

Al pretender historiar la filosofía es sobre manera difícil agrupar por épocas y aun por escuelas las manifestaciones del pensamiento humano, porque siendo actos eminentemente libres de un sér libre, cual es el hombre, revisten una complejidad y variedad casi ilimitadas. Con todo hay un acontecimiento central en la

existencia de la humanidad y es la venida de Jesucristo. Desde entonces, el hombre, no bastándose a sí mismo, suspira incesantemente por su engrandecimiento. Poseído de un instinto superior, atiende a la investigación, perfecciona las artes, apura las ciencias, domeña la materia, crea instituciones, atesora conocimientos y, alzadas de continuo las manos sobre la figura del mundo que pasa, prosigue aunque en ocasiones parezca ignorarlo, como la sombra al cuerpo, en pos de un ideal de perfección verdaderamente divino. Particularmente de las regiones de la filosofía, jamás el espíritu humano se mostró más poderoso que cuando más participó de la influencia cristiana. Por eso el advenimiento de Jesucristo parte espontáneamente de la historia de la filosofía en dos grandes épocas: la que le antecedió y la que le ha seguido.

FRANCISCO M. RENJIFO

Ecós de mis montañas

Tercer día de *molienda*. En el trapiche todo es desorden: montones de caña, bagazo acá y allá, hombres enmelotados hasta las barbas, gritos a los bueyes, chirriar del *madrino*, calor en la hornilla y en el ambiente ese dulcísimo e inconfundible olor que despiden los fondos cuando hierven. En el llano del corral, cogollo esparcido que comen y pisan las vacas y sus terneros mezclados con los bueyes del trapiche, más allá entre los verdes cañales de la vega blanquean las camisas de los peones y brillan al sol sus machetes que suben y bajan sobre los tallos formando un continuo relampagueo y por el camino que arranca del valle bordado de cafetales y plataneras avanza silbando *guabinas* un peón que arrea tres mulas cubiertas con inmensas cargas de caña.